

ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA



COLTAN

«A la vista de que el Gobierno de los Estados Unidos piensa retirarse de Irak dejando tras de sí un rastro de muerte y destrucción que ha arrasado el país, hemos decidido que la empresa culpable de tan cruel y nefasto desastre —la Da-ll&Houston, de la que ustedes son los principales dirigentes y accionistas— reintegre los beneficios que ha obtenido de tan bárbara e injustificada agresión.

Nos consta que no es posible resucitar a los muertos, pero sí lo es reponer en parte los daños causados, y por ello exigimos que devuelvan dichos beneficios, que hemos calculado en torno a los cien mil millones de dólares.

De no aceptar nuestra justa demanda, cada dos semanas uno de ustedes será ejecutado; no importa lo que aleguen en su defensa, dónde se oculten o cómo intenten protegerse.

La mejor prueba de que hablamos en serio reside en el hecho de que el cadáver del único compañero del Consejo de Administración que en estos momentos falta a la cita y cuyo sillón aparece vacío, Richard Marzan, se encuentra actualmente en el interior de una de las tinajas que adornan el jardín de su fastuosa mansión, a orillas del río.

Si deciden colaborar les enviaremos una lista de los hospitales, escuelas, edificios, puentes y carreteras que deberán comenzar a construir inmediatamente.

De no ser así, antes de que finalice el verano tan sólo dos de ustedes habrán sobrevivido, pero será por un muy breve espacio de tiempo. El dinero sucio de sangre, con sangre se limpia.

Aarohum Al Rashid».

Esta novela no se puede contar en diez líneas. En caso de que se pudiera hacer no merecería haber sido publicada.

Quien tiene el ejemplar en sus manos, tal vez rodeado por otros miles de libros que también llaman su atención, puede hacer dos cosas: dejarlo donde está o dedicar un minuto y medio a leer su primera página. Si lo hace, lo más probable es que pase las próximas horas deseando acabar de leerlo, pero lamentándose por el hecho de que cada vez le queden menos páginas para llegar al final. Ésa es la gran diferencia entre leer una novela y «devorarla». Un libro apasionante es como el sexo apasionado: se anhela alcanzar al clímax cuanto antes aun a sabiendas de que más tarde nos invadirá una sensación de profundo vacío al echar de menos el hermoso cuerpo que hemos estado acariciando.

La gran desventaja del libro es que raramente se lee más de dos veces, mientras que el cuerpo de la persona amada continúa a nuestro lado. La ventaja de este libro se centra en que lo que cuenta es nuevo, diferente, fascinante e irreplicable. Leer la primera página de *Coltán* constituye un reto. Aceptarlo o no depende de estar dispuesto, o no, a dedicar ese minuto y medio a su primera página.

A.V-F.

Houston, 2007

Catorce de los quince miembros del consejo de administración habían tomado asiento en torno a la gigantesca mesa de reuniones con el fin de escuchar lo que su severo presidente, que les había convocado con inusual y perentoria urgencia, tenía que comunicarles.

Peter Corkenham, un hombretón calvo y orondo, que lucía unas enormes gafas de concha y un eterno rictus de amargura en la boca, motivado probablemente por una dolorosa úlcera estomacal, masculló algo ininteligible entre dientes y a continuación se limitó a leer el comunicado que había recibido el día anterior y que rezaba así:

A la vista de que el gobierno de los Estados Unidos piensa retirarse de Irak dejando tras de sí un rastro de muerte y destrucción que ha arrasado el país, hemos decidido que la empresa culpable de tan cruel y nefasto desastre —la Dall & Houston, de la que son ustedes principales dirigentes y accionistas—, reintegre los beneficios que ha obtenido de tan bárbara e injustificada agresión.

Nos consta que no es posible resucitar a los muertos, pero sí lo es reponer en parte los daños causados, y por ello exigimos que devuelvan dichos beneficios que hemos calculado en torno a los cien mil millones de dólares.

De no aceptar nuestra justa demanda, cada dos semanas uno de ustedes será ejecutado, no importa lo

que aleguen en su defensa, dónde se oculten o cómo intenten protegerse.

La mejor prueba de que hablamos en serio reside en el hecho de que el cadáver del único compañero del consejo de administración que en estos momentos falta a la cita, y cuyo sillón aparece vacío, Richard Marzan, se encuentra actualmente en el interior de una de las tinajas que adornan el jardín de su fastuosa mansión, a orillas del río.

Si deciden colaborar les enviaremos una lista de los hospitales, escuelas, edificios, puentes y carreteras que deberán comenzar a construir inmediatamente.

De no ser así, antes de que finalice el verano tan sólo dos de ustedes habrán sobrevivido, pero será por muy breve espacio de tiempo.

El dinero sucio de sangre se limpia con sangre.

AAROHUM AL RASHID

Peter Corkenham depositó con suma delicadeza el documento sobre la mesa, como si le quemara, y a continuación observó uno por uno a los presentes antes de comenzar a limpiarse las gafas y señalar en un tono de estudiada calma:

—Esta mañana han sacado el cadáver de Richard de una de las tinajas de su jardín; lo habían degollado ayer por la tarde...

—¿Pero quién es ese tal «Aarohum Al Rashid»? —inquirió una voz anónima y a todas luces inquieta—. ¿Un nuevo Osama Bin Laden?

—No tengo ni la menor idea, pero evidentemente ha tomado el nombre del sultán protagonista de las historias de *Las mil y una noches* —admitió su presidente—. Debe de considerarse el héroe del cuento mientras nosotros hacemos el papel de los cuarenta ladrones.

—¡Qué estupidez!

—Supongo que a Richard no se le antojará una estupidez —fue la agria respuesta—. Ni a su mujer y sus hijos tampoco.

—¿Quieres decir con eso que nos enfrentamos a un auténtico asesino? —inquirió la misma voz.

—A las pruebas me remito.

—¿Un terrorista? —aventuró por su parte el californiano Bem Sandorf, que se sentaba casi frente a él, en el otro extremo de la mesa.

El cada vez más malhumorado presidente de la Dall & Houston extendió las manos con las palmas hacia delante como si con ello pretendiera cortar el paso a la avalancha de preguntas de sus compañeros de mesa, y tras carraspear un par de veces, bebió muy despacio de un vaso de agua que tenía a su lado para acabar por puntualizar:

—Los terroristas suelen ser gente que pretende destruir, no construir, o sea que lo primero que tenemos que plantearnos es la posible filiación de quien pretende desorientarnos con una propuesta tan poco habitual. No nos está exigiendo dinero o que dejemos en libertad a sus compañeros de fechorías; nos está exigiendo que devolvamos cuanto hemos obtenido en Irak, y que con ello nos dediquemos a construir escuelas y hospitales, por lo que estaréis de acuerdo conmigo en que nadie se había enfrentado anteriormente a una situación tan insólita.

—No deja de ser una forma como otra cualquiera de chantaje —insistió Sandorf—. El fin no justifica los medios.

—No creo que éste sea un lugar apropiado a la hora de pronunciar semejante frase —intervino con manifiesta acritud el neoyorquino Jeff Hamilton, que se sentaba a la derecha del presidente—. Todos sabemos que en torno a esta mesa se tomaron en su día las decisiones que desembocaron en una guerra a la que no se le ve salida. —Hizo una corta pausa para concluir como si fuera algo que no admitía discusión—: O sea que procuremos evitar, al menos entre

nosotros, cualquier asomo de hipocresía, ya que nos enfrentamos a la dolorosa evidencia de que en cierto modo se nos están pidiendo cuentas por lo que hicimos.

—¿Con qué derecho? —quiso saber Gus Callow.

—Más o menos con el que asistió a este consejo de administración en el momento de tomar tales decisiones —replicó en tono ácido Hamilton—. Es decir, ninguno.

—Sin embargo yo creo que en nuestro caso...

—¡Basta! —cortó en seco Peter Corkenham en un tono de absoluta autoridad—. No pienso pasarme el día discutiendo los errores o aciertos del pasado. Jeff tiene razón, lo hecho, hecho está, y ahora tenemos que encarar un presente harto desagradable. —Giró la cabeza de un lado a otro observando de nuevo los rostros de los asistentes al tiempo que inquiría—: ¿Sugerencias?

—Aceptar —insinuó tímidamente el siempre apocado Judy Slander.

—Inaceptable, querido, no podemos pedirles a miles de accionistas que devuelvan sus fabulosos dividendos con el fin de salvar el pellejo de algunos de sus directivos. Nos enviarían al infierno y con razón. Yo no lo haría.

—Intentar negociar un acuerdo menos oneroso —intervino de nuevo Jeff Hamilton en esta ocasión en un tono mucho más conciliador.

—¿En qué cifra estás pensando?

—En veinte mil millones...

—Inaceptable también —fue la firme respuesta—. Por nuestra parte, ya que necesitamos todo el capital disponible para una nueva operación de la que se hablará en su momento, y me atrevería a suponer que también por la de los terroristas, porque cuando alguien comienza una negociación cortando cuellos no parece muy dispuesto a negociar tan a la baja. ¿Me explico?

—Con absoluta claridad.

—¿Alguna otra idea?

—Averiguar quién es e intentar acabar con él antes de que acabe con nosotros.

—Brillante por lo estúpida, querido Judy —masculó despectivamente su presidente—. El cien por cien de los iraquíes, el setenta por ciento de los norteamericanos, y calculo que la mitad del resto de los ciudadanos del mundo, culpan a la Dall & Houston del inicio de esa guerra, y lo peor del caso es que tienen razón. La estrategia a seguir se expuso aquí en su día con toda claridad, y que yo recuerde ni uno solo de vosotros se puso en pie indignado, la rechazó de plano y abandonó la sala dando alaridos.

—Eso es muy cierto.

—Aceptemos por tanto que la mayoría de la gente que está ahí fuera exija nuestras cabezas, o sea que cualquiera de ellos puede ser ese tal Al Rashid que por muy ridículo que suene el nombrecito resulta evidente que matar, mata en serio. Buscarle sería como buscar una aguja en mil millones de pajares.

—¿O sea que dentro de seis meses todos muertos? —puntualizó con evidente desánimo Jeff Hamilton.

—Eso me temo.

—¿Y de qué nos servirá entonces tanto dinero?

—¡Hermosa pregunta, vive Dios! —comentó Eladio Medrano, otro de los atribulados miembros del consejo de administración de la todopoderosa Dall & Houston—. ¿Para qué nos sirve lo mucho que hemos conseguido si no puede protegernos de un simple asesino?

—Tal vez para contratar a los Blackwater. Si el gobierno los ha estado utilizando en Irak supongo que podrían protegernos aquí.

—Pues como tengan el mismo éxito que en Irak estamos listos —masculó despectivamente Jeff Hamilton—. Alardean de ser «el mejor ejército privado del mundo» y cuestan una fortuna pero permitieron que se cargaran a media docena de nuestros mejores ingenieros en Bagdad.

—Houston no es Bagdad.

—Pues si desde Houston transformamos Bagdad en lo que ahora es, no debería extrañarnos que desde Bagdad intenten transformar Houston en un infierno. Al menos para los que aquí nos encontramos.

Peter Corkenham se volvió a Jeff Hamilton con el fin de rogar en un tono abiertamente conciliador:

—Veo que no te gustan, pero como sé que estás deseando hacer cosas por la empresa, y por lo visto tienes experiencia en el tema, te suplico que te ocupes de preparar un informe sobre los Blackwater lo antes posible.

Colorado, 2007

La soledad se había convertido en la casi inseparable compañera de Salka Embarek desde el instante en que un misil destruyó su casa aniquilando a su familia la noche en que comenzó la invasión de Irak, pero dicha soledad se transformó en desolación cuando tomó conciencia de que un cúmulo de absurdas decisiones la habían llevado a que se encontrara ahora sentada sobre un pequeño muro en el arcén de una autopista americana.

Viendo pasar ante sus ojos coches, motos y camiones no podía por menos que pasar revista a la ingente cantidad de errores que había cometido desde el momento en que se le ocurrió la absurda idea de que podía vengarse de quienes le habían arrebatado de una forma tan injusta y cruel cuanto tenía.

Sin darse cuenta había pasado de ser una de las tantas víctimas de una guerra injusta, a convertirse en una marioneta en manos de quienes aprovecharon su odio con fines que poco o nada tenían que ver con la desaparición de su familia.

Se veía obligada a reconocer que se había comportado como una estúpida, dejándose llevar de aquí para allá por una pandilla de conspiradores sin escrúpulos, que supieron deslumbrarla con la falsa promesa de que iba a convertirse en una valiente terrorista suicida que destruiría a los culpables de todas sus desgracias.

La reclutaron en la semidestruida Bagdad, la transformaron hasta hacerla parecer una sencilla muchacha inglesa de

clase media, la transportaron a través de medio mundo hasta llegar al mismísimo corazón de Norteamérica, y cuando estaba convencida de que al fin iba a inmolarsé provocando una auténtica catástrofe entre sus enemigos decidieron abandonarla en mitad de un país desconocido.

Le constaba que eran muchos los que, como ella, se habían dejado conducir al matadero unas veces movidos por el rencor y otras por una ciega fe en el divino mandamiento de que había que aniquilar a los infieles a cualquier precio, pero jamás entendería por qué razón habían prescindido de ella cuando estaba absolutamente decidida a morir matando.

Meditó seriamente acerca de la posibilidad de avanzar unos pasos con el fin de permitir que cualquiera de aquellos inmensos y rugientes camiones que cruzaban a sorprendente velocidad a dos metros de distancia solucionara de un solo golpe sus incontables dudas y problemas llevándosela por delante, pero acabó por rechazar la idea convencida de que morir aplastada en una perdida carretera del otro lado del mundo no era un final digno para quien había abandonado Irak con el firme propósito de hacer volar por los aires a docenas de yanquis.

De momento no había conseguido hacer volar por los aires ni a uno solo.

Ni tan siquiera herirle.

Ni tan siquiera asustarle.

Como aprendiz de terrorista había demostrado ser un verdadero desastre; y en un país donde cualquier estudiante podía agenciarse una metralleta con la que provocar una masacre en su colegio, ella, la que aspiró en su día a masacrar a tantos, no contaba ni tan siquiera con una simple navaja con la que protegerse de un vagabundo borracho.

Permaneció casi una hora inmóvil sobre el pequeño muro hasta que una destartalada camioneta cubierta de barro se detuvo a su lado y un malencarado pelirrojo medio calvo

que apestaba a establo, cerveza y sudor, inquirió secamente:

—¿Cuánto por una mamada?

—¿Cómo ha dicho? —inquirió temiendo haber entendido mal.

—He dicho que cuánto por una mamada —insistió el vomitivo personaje en tono malhumorado—. Una cosa rápida, ahí entre esos árboles.

—¡Vete a la mierda! —le espetó indignada—. ¿Qué diablos te has creído?

—¿Y qué quieres que me crea de una guarra sentada al borde de la carretera, imbécil? ¡Anda y que te jodan!

De nuevo a solas llegó a la conclusión de que al hediondo pelirrojo le asistía toda la razón, ya que había tenido ocasión de observar con demasiada frecuencia a centenares de muchachas aguardando semidesnudas en los alrededores de las autopistas en evidente espera de ansiosos clientes.

No podía culpar a nadie por el hecho de que la confundieran con una de aquellas innumerables prostitutas, por lo que optó por alejarse campo a través internándose en un espeso maizal que le cubría casi hasta el pecho.

Al mediodía comenzó a apretar el calor por lo que decidió tumbarse entre la maleza, cansada, hambrienta, sedienta y sudorosa.

Se planteó una vez más qué demonios podía hacer en el futuro una muchacha iraquí con pasaporte falso en el corazón de Norteamérica, teniendo en cuenta que ni siquiera tenía muy claro si la policía la andaba buscando o dónde demonios se encontraba exactamente.

La Habana, 1936

«MRE»... Mauro Rivero Elgosa. «MRE»... Mauro Rivero Elgosa.

Mauro Rivero Elgosa... «MRE». Mauro Rivero Elgosa... «MRE».

Cuando aún no había cumplido tres años ya sabía escribir su nombre con una letra cuidadosa, limpia y perfecta, casi gótica, y a los cinco era capaz de hacerlo en cualquier tipo de letra, así como de imitar la firma de su madre, la de los maestros o sus compañeros de clase con tal exactitud que al poco de cumplir los diez, su mejor amigo, Emiliano Céspedes, no pudo por menos que augurarle un brillante futuro como falsificador.

Al igual que algunos seres humanos nacen con un especial talento para la música, la pintura, la literatura o las manualidades, Mauro Rivero Elgosa había nacido con una extraordinaria habilidad a la hora de imitar cualquier letra, cualquier gesto y especialmente cualquier voz, incluso las femeninas, fruto sin duda de su ilimitada capacidad de observación.

Huraño, retraído y silencioso, siempre se comportó como una sombra viviendo entre las sombras aunque sin perder detalle de cuanto sucedía a su alrededor, y su madre, que era la única persona que llegó a conocerle a fondo, aseguraba que su hijo era como una gigantesca esponja

que tan sólo devolvía lo mucho que había absorbido en el momento en que lo consideraba oportuno.

Sentía curiosidad por todo, y todo le atraía en cuanto se refería a su sorprendente capacidad de acumular conocimientos, pero al propio tiempo nada parecía llamar su atención de forma especial, al punto de que de igual modo un día se interesaba por la física como al día siguiente por la geografía, la astronomía o las matemáticas.

Uno de los escasos profesores que llegaron a tomarle un cierto afecto, don Teófilo Arana, casi tan gris e inaccesible como él, le echó más de una vez en cara aquella manifiesta incapacidad de demostrar sus preferencias a la hora de elegir un camino concreto que le condujera directamente al éxito, repitiendo hasta la saciedad el viejo dicho, «aprendiz de mucho, maestro de nada».

—El talento es como el agua —aseguraba—. Si se desparrama, a nadie beneficia, pero cuando se concentra y cae gota a gota sobre un mismo punto, horada las rocas.

La respuesta del extraño muchacho no pudo por menos que sorprenderle.

—El agua se aburre cayendo gota a gota sobre el mismo punto, mientras que no tiene oportunidad de aburrirse cuando se desparrama buscando nuevos cauces por los que deslizarse.

De ser cierto, y al parecer lo es, que la infancia y la pubertad marcan el destino de los seres humanos, los años transcurridos en una Habana colorida, sofocante, ruidosa, alborotadora y desquiciada en la que Mauro Rivero era como la triste y meditabunda oveja negra de un alegre y despreocupado rebaño, delimitaron el cuadro de lo que había de ser el futuro de quien tenía la asombrosa capacidad de convertir lo que parecía ser una sumisa aceptación de toda clase de convencionalismos en la más destructiva forma de revolución o rebeldía.

Y la clave de semejante contrasentido se basaba en el hecho de que para Mauro Rivero Elgosa no existía credo,

fe, convicción social o política y forma de amar que no estuviera directamente relacionada con sus propias iniciales: «MRE».

Más allá de la punta del último de sus cabellos o del extremo de sus bien cuidadas uñas, nada existía.

Ni siquiera su madre.

Marie Elgosa de Rivero, a la que su marido había abandonado cuando Mauro aún se encontraba en la cuna, había dedicado su vida a trabajar doce horas diarias con el fin de sacar adelante a su hijo, pero a cambio de sus desvelos y sacrificios no recibió más que respeto y tal vez un punto de agradecimiento, mas ni una sola muestra de auténtico cariño.

Escaso consuelo significó para ella llegar al convencimiento de que había traído al mundo a una criatura de la que cabría asegurar que había sido tallada en alabastro.

Suave al tacto, de formas exquisitas y a primera vista moldeable, era no obstante lejano, inaccesible y frío; un auténtico guante de seda sobre un puño de acero dispuesto siempre a golpear brutal e inesperadamente.

¿A quién había salido?

Difícil pregunta para la que la infeliz Marie nunca encontró respuesta, en parte debido a que no sabía gran cosa sobre la familia de su fugaz marido, un oscuro viajante de comercio al que lo único que le importaba era el juego.

Dados, peleas de gallos, cartas, galgos, caballos, cálculo de posibilidades y alguna que otra trampa, le rendían a Santiago Rivero mucho más que los miserables productos de tercera categoría que solía representar, pero a cambio de ello se veía obligado a desaparecer de tanto en tanto dejando tras de sí una familia hambrienta y todo un rosario de «pagarés» que no valían ni el papel en que estaban escritos.

Tres años tardó su mujer en saldar sus deudas con el fin de impedir que le embargaran la casa, y contaban las malas lenguas que en ciertos momentos no lo consiguió única-